fundador y director: J. López Barnés: redacción: Avenida de la estación:

LA VIDA MORAL DEL HOMBRE

LA PROPIA ESCIMACIÓN

valor, nace en el hombre simultáneamente el aprecio de sí mismo. Motivos autopsicológicos, le obligan, por razón de su conciencia, a reflexionar sobre los cambios de su estado presente con los de su niñez, y de la comparación íntima que realiza, brota en seguida el aprecio de sí mismo, de su entidad moral, sintiendo hondamente satisfacciones de su propio valer. El cultivo de tal convicción, le coloca en el plano del sentimiento de dignidad, y por este sentimiento, desdeña y rechaza todo acto que tienda a rebajarle moral o espiritualmente; en cambio, estima de un modo contrario a toda prudencia cuanto pueda contribuir a su exaltación y enaltecimiento.

La juventud, por anhelo natural de sus años, "apetece que se el atienda que se la considere, que se le haga caso. En su visión espiritual reflexiva, si alguna emotividad brota de su alma la considera como una concepción valiosisima que merece múltiples elogios; por lo que le complace se lo reconozcan y siente en gran manera verse menospreciado, en el caso apuesto. A causa de esta presunción, se ve obligado a ocu parse, con harta frecuencia, de sí mismo; a interesarse con todo lo que atañe a su personalidad; a explicar lo que piensa, lo que siente y lo que hace; a exponer los planes que le animan, las particularidades de su carácter y su vida toda.

El «yo» es la característica que preside, no sólo su vida intelectual, sino también la moral, y de sus labios brota pujante siempre el mismo «yo» como eterna cantinela de un profundo sentimiento.

- Cuando por vez primera dice Combe, retratando el amor propio de un escritor-, «yo» me aventuré a tomar el título de autor, «yo» tomé la resolución de no dejarme envolver en ninguna controversia para sostener «mis» opiniones y dejarlas defender por su propia evidencia.»

Y el «yo, es el predominio de la personalidad, es el que determina la estimación del propio valer, el sentimiento de la «propia estimación».

¿Pero es que-preguntamos - «la propia estimación» del individuo, moralmente, es algún sentimiento

Al desarrollarse en la juventud el vituperable? No; «la propia estimación» es un sentimiento muy virtuoso cuando toda su fuerza efectiva tiende al seguro dignatario de la persona; es el que nos da la dignidad, el valer, el respeto moral; es el que nos hace superiores y nos coloca en plano diferente a la vulgaridad; es el que nos da la independencia como sentimiento.

> Si desaparece de nosotros «la propia estimación» ya no queda en nosotros nada que la supere, porque sin ella habremos descendido en la consideración de nuestros semejantes hasta igualarnos con ellos.

Pero «la propia estimación» tiene un límite, pasado el cual, alecciona al individuo a hundirse en el tempestuoso piélago del orgullo. «La propia estimación» llevada fuera de su órbita, no es ya la satisfacción y aprecio de sí mismo, sino ese amor propio tan reconcentrado y en tal exageración, que nos hace mirar con desprecio y desdén cuanto no afecta o es producto de nuestra personalidad, y que nos empuja instintivamente a juzgarlo todo inferior a nosotros: Juicios, raciocinios, acciones morales... Si no son obra nuestra, para nosotros han perdido toda su emotividad, todo su valor, todo su interés.

Pero desarrollándose el orgullo, penetramos en la presunción, vicios que hacen nuestro caracter repulsi vo y, poco a poco, nos conducen a la vida de las más desenfienadas pasiones y de las tonterías más insconscientes y versátiles.

Cuando el individuo se encuentra en este estado, se cree hadarse con todas las facultades intelectuales y morales, en fal plenitud, que nadie le supera; pero en reandad, no es mas que un mño un poco más aventajado, si se quiere. Niño aventajajado, cuya ventaja le da valor presuntuoso para juzgar de cuentos de viejas, ideas de amaño, retrogradismos, todo cuanto se les presenta con un color de circunspección y prudencia.

Y a esta situación, por lo general, arrastramos a la juventud, cuando se le abandona a sus propias fuer-

PASCUAL PALMI.

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID

EX FENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.

CONSULTADE 11 A 2 SAGASTA, 13

CARTAGENA

PLUMAZOS

¿Ustedes han leído las mil y pico de noches? Pues ríanse de todos los cuentos orientales escritos y por escribir, después del que nos transmiten los yankis desde su tierra.

Es de los que dejan a cualquiera patidifuso y con ganas de pedir so-

Yo después de pensarlo, la verdad, creo que hay mucho en la noticia de pitorreo.

Pero en fin, ustedes verán: La noticia es como sigue.

«En Nueva-York ha caído una gran nevada. El Ayuntamiento se ha gastado en limpliar las calles para el tráfico mecánico, «dieciseis millones doscientas cincuenta mil pesetas.»

Aun cuando de su riqueza el yanki siempre alardea... si no es tomarnos el pelo que venga Dios y lo vea.

Los sevillanos que son tan ocurrentes y tan «grasiosos», han pensado rendir un homenaje a la capá ! española.

Consistirá la fiesta en reunirse esta noche a las diez en la Plaza de San Fernando, todos los sevillanos que usen pañosa, para marchar a la Alameda de Hércules, y ante los Hércules que dan nombre a la alameda pronunciarán varios discursos.

Y ya estoy viendo a los Hércules la ocurrencia celebrando. dándose tres pataitas y un fandanguillo cantando.

Otra ocurrencia graciosisima de otro sevillano.

Romper los cristales de varias ventanas y prender fuego a los visillos de las mismas.

Detenido el graciosísimo andaluz, dijo ante el inspector de policía, que había roto los cristales para llamar la atención de una joven y había prendido fuego a los visillos para significarle la llama de su amor.

La ocurrencia es tan graciosa que hay para pender el seso y darle una de estacazos hasta romperle los huesos.

PILI.

Lea LA TARDE DE LORCA

Invocación de la antigüedad

como en los tiempos del Renacimiento, cuando a las viejas civilizaciones mediterráneas se les pedían, para restaurarlos o renovarlos, los gloriosos modelos clásicos lo mismo en las artes que en las letras. Hoy a la antigüedad se le piden las viejas fórmulas políticas. Se invoca a Esparta para recoger de ella el espíritu guerrero y el sentido antidemocrático con el fervor admirativo con que lo ha hecho un Lamprecht. A la Roma antigua se le demanda como hace Corradini, la fórmula del cesarismo político, sin ver que éste floreció en la época de la decadencia, como ha proclamado Ferrero.

No es de ahora la moda. Cierto. Ya va para un siglo que Chateabriand recorriendo Grecia sentía la obsesión de Esparta. Al llegar a la llanura de Lacedemonia, cerca del Taygeto cubierto de nieve que, como Otelo celoso espía el sueño de su Desdémona, parece vigilar aun el sitio donde fué Esparta, Chateaubriand, como si quisiera despertar la sombra del héroe, gritaba: «¡Leónidas! ¡Leónidas!» Pero, luego, como si todo aquei frenético entusiasmo se desvaneciera, como si todo el pasado debiera borrarse porque nada dejó que fuera definitivo y digno de que la posteridad lo recordara, el mismo Chateaubriand, con un dejo de melancolia ante aquellas ruinas sobre las cuales pastaban los ganados, escribe, como en un responso funebre: «¡Y la misma Esparta parece haber olvidado su nombre!»

Pero he aquí que, muy largos años más tarde, Barrés hace también el viaje a Esparta. Y el ilustre escritor francés prescinde del aspecto del montón de escombros, invoca el espíritu de la antigua ciudad guerrera, con su cuito de la fuerza, con su política oligárquica, con sus leyes bár-: baras, donde el individuo es nada y el Estado lo es todo. De ahí tomó Barrés los principios de su nacionalismo a ultranza.

Pero, ¿no era el buen camino? ¿Esa era la Grecia que había que invocar, como se está invocando también hoy día? No es ese el espíritu de la antigüedad que invocaron y del cual se nutrieron, otros gran-

No se invoca hoy la antigüedad des hombres; eso si, verdaderamente geniales.

Goethe, teutón, en quien por razón de raza y de nacionalidad, y en cierto modo de época, llevaba infiltrado en el espírita el medioevalismo germánico, al liegar a Italia, y conocer de cerca la huella inmortal del Renacimiento, empapándose su espíritu de aquel espíritu, tiene como la revelación de un nuevo mundo. Y él se convierte en un heleno de los nuevos tiempos. A esa revelación, ¿no debe Goethe el haber encontrado su camino? Fué como, en lo religioso, el camino de Damasco para San Pablo, que le reveló toda la grandeza del cristianismo. Asi, a Goethe se le reveló toda la magnificencia por lo ideal imperecedera de la civilización helénica y del arte clásico.

Igual Bord Lyron. Fué un enamorado de la Grecia, de la Grecia de la vieja Atenas y no de la antigua Esparta. Y por esa idea de la vieja Grecia luchó él más que por la mera aspiración de la independencia nacional griega. Y él quiso darle sin duda esa significación. Cuando Byron hacía maniobrar los artilleros, que él pagaba, presentábase con la vestidura de los héroes de Homero: el casco con la cimera roja, la coraza de malla, la espada corta. Acaso una extravagante fantasía de poeta. Pero, Moradi, que le conoció pasando revista a sus tropas en esa guisa, decla que «parecíase a Aquiles». Como un héroe antiguo, Byron quería morir por el viejo ideal helénico, sobre el campo de batalla. No tuvo esa suerte, ya que murió en Missolonghi, en la cama, rodeado de personas desconocidas, sin tener junto a él una sola a quien amara.

Años más tarde, también Renán hacía la peregrinación espiritual a Atenas y dejaba como invocación de la antigüedad aquella magnifica, grandilocuente e insuperable página que es la «Oración de la Acrópolis».

Los mismos investigadores, los que apartándose de los historiadores que buscan los hechos escuetos y en ellos el origen de las grande. zas pasadas y de los pretéritos poderíos, exhumando guerras, ponderando conquistas, para exaltar el ejercicio de la fuerza y del dominio. y destacar héroes ofreciéndolos como modelos, buceando en la antigüedad, para señalar otras virtudes que no son precisamente las herói-

Citemos al caso, por ejemplo, lo que escribe en «La cité antigue», Fustel de Coulanges:

·Parecerá acaso bien extraño contar el amor al hogar entre las virtudės; pero lo era entre los antíguos. Ese sentimiento era profundo y poderoso en sus almas. Ved a Angni. ses que, contemplando Troya en lla-

noras y niños a precios completamente económicos.

casa a precios sin competencia Siempre las últimas novedades

¿Quiere usted comprar barato? visite la conocida y acreditadisima

y encontrará en ella lo más estupendo en calza lo para cobilleros, se Artículos de primera calidad fabricados exclusivamente para esta

ZORRILLA I - LORCA